

MILITANTES Y COMBATIENTES. AMÉRICA LATINA Y LAS CIRCULACIONES PERIFÉRICAS, 1939-1991

La formación de identidades individuales y colectivas, la configuración de espacios políticos y la estructuración de ideologías y órdenes sociales están mediadas por fenómenos de circulación. En el caso de los estudios consagrados a la Guerra Fría, la noción de “circulación”, es decir, el movimiento puntual o permanente de actores que atraviesan fronteras geográficas, lingüísticas y culturales, ha dado lugar a trabajos que reinterpretan las más diversas modalidades transnacionales de difusión y apropiación de ideas. Los temas son variados e incluyen el desplazamiento de individuos que transportaron concepciones del mundo y prácticas derivadas del liberalismo y del socialismo, la acción de grupos inspirados en ideologías conservadoras de matriz corporativista y nacionalsocialista, y en fin, el impacto de los métodos y los objetivos de las guerrillas asiáticas y latinoamericanas en el mundo de la descolonización.

Los cuatro artículos reunidos en este dossier demuestran que las bases sociopolíticas, ideológicas y materiales de los actores de la Guerra Fría en América Latina se construyeron en contacto permanente con escenarios de circulación global de individuos y proyectos. Los autores proponen diversas interpretaciones sobre las formas en que América Latina participó de movimientos de conjunto más amplios, que no se originaron en los polos dominantes del conflicto Este-Oeste, sino que surgieron en aquello que la historiografía tradicional ha solido considerar como los “espacios periféricos del conflicto”. Los escritos que el lector tiene en sus manos proponen un abordaje original de un periodo determinante para los latinoamericanos y para el mundo, pues interrogan desde esta perspectiva nociones que han estructurado nuestra comprensión de la segunda mitad del siglo xx, tales como individuo, Estado, nacionalismo, capitalismo, comunismo y revolución, e incluyen otras que han nutrido los debates historiográficos recientes, como Tercer Mundo, contrarrevolución, anticomunismo y antiimperialismo.

Si pensar la Guerra Fría desde los espacios periféricos fue uno de los ejes estructurantes de las diferentes contribuciones, la problematización de los términos “militante” y “combatiente” constituyó el otro desafío que planteamos a nuestros colegas. En efecto, la distinción entre ambas nociones no es absoluta, sino circunstancial, y depende de marcos penales específicos que definen las acciones legales e ilegales, así como de alineamientos con vertientes ideológicas que postulan a la violencia como un medio legítimo para alcanzar el cambio social. El estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, supuso un derrotero novedoso para la conflagración ideológica, en el que cada proyecto político buscó posicionarse por fuera de sus fronteras nacionales y de sus áreas tradicionales de interés estratégico. Tanto el nacionalsocialismo alemán, el liberalismo inglés y estadounidense, y el comunismo soviético invirtieron recursos para establecer redes de individuos y grupos cuyo compromiso político supusiera una extensión de su influencia. A partir de entonces se inició un verdadero combate por “conquistar la mente y el corazón” de las mayorías, que no podía basarse tan sólo en acciones armadas efectuadas por soldados formados en las escuelas militares, sino que requería de publicistas políticos, de activistas, de artistas y solidarios que se mimetizaran en la esfera civil y militar, y cuyo trabajo resultó crucial en el nuevo escenario bipolar.

Situar a América Latina en la Guerra Fría dándole un nuevo sentido a las áreas periféricas y explorando los diversos significados que asumieron los términos “militante” y “combatiente” equivale en la práctica a iluminar nuevos espacios y a darle la palabra a otros actores. La visión dominante de la geografía de la Guerra Fría estableció una distinción de alcance planetario entre centros articuladores de los eventos cruciales y periferias que hicieron las veces de receptáculo. En ese enfoque, tanto la lógica interna de los bloques, como los términos de su interacción, resultaron de decisiones tomadas en Washington y Moscú. A pesar de que en ciertas coyunturas las periferias y sus habitantes alcanzaron algún protagonismo, como ocurrió con la crisis cubana de los misiles en 1962, nunca llegaron a asumir un rol estratégico capaz de determinar o alterar los objetivos de la confrontación. Sin embargo, en la línea de un conjunto influyente de trabajos producidos desde hace dos décadas, las contribuciones de este dossier subrayan que los espacios periféricos jugaron un papel fundamental en las decisiones y en la proyección internacional de las dos superpotencias, desmintiendo con ello su pretendida marginalidad política. Se avanza, de esta forma, en el desarrollo de un enfoque policéntrico,

en el que la interacción simultánea entre diversos centros es un elemento constitutivo de la estructura del conflicto. En favor de esta proposición está la sincronización con que procesos nacionales llegaron a transnacionalizarse al incorporar lenguajes y estrategias extraídos de una escala global, tal como ocurrió en casos tan disímiles como la descolonización de África y los conflictos armados centroamericanos. En suma, el reconocimiento de los ámbitos locales y de las circulaciones periféricas en la orientación general de los bloques se ha realizado subrayando la agencia de los actores, y explorando la densidad de los préstamos políticos e institucionales entre las diversas áreas del llamado Tercer Mundo.

El dossier inicia con un artículo de Agustín Cosovschi titulado “Construire le socialisme entre Santiago et Belgrade: les voyages de la gauche chilienne en Yougoslavie socialiste (1955-1965)”. Poco explorados en la historiografía de la Guerra Fría, los vínculos entre Yugoslavia y Chile ejemplifican la emergencia de una nueva geografía que conecta espacios culturalmente distantes. Juan Domingo Perón atrajo inicialmente la atención de Belgrado, pero el autoritarismo del general y la debilidad de los socialistas argentinos hicieron que los yugoslavos se distanciaran del país austral y dirigieran su mirada al otro lado de los Andes. Muy rápidamente, los yugoslavos juzgaron que Chile poseía un gran potencial político y consagraron sus esfuerzos a establecer una relación sólida con los socialistas de aquel país. Cosovschi sostiene que en poco tiempo Chile se convirtió en uno de los principales centros de la actividad política yugoslava en el continente americano.

Sin embargo, si la década de 1950 fue favorable a una aproximación entre chilenos y yugoslavos, las divergencias del movimiento comunista internacional impactaron sus vínculos, creando alineamientos y desencuentros. Tomar posición frente a la ruptura entre Belgrado y Moscú se convirtió en un elemento que afirmó las divergencias entre los comunistas y los socialistas chilenos, manifestando el complejo juego de escalas locales, nacionales y globales que tuvo lugar al definir la identidad política de diferentes grupos e individuos. En su trabajo, Cosovschi le atribuye una importancia determinante a la acción individual, pues esta jugó un rol de primer plano en el establecimiento de relaciones políticas transnacionales e internacionales, en la medida en que los encuentros en el curso de viajes y las ambiciones personales permitieron crear un espacio de intercambio ideológico que superó las distancias físicas.

La relación entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, que caracterizó a los espacios políticos de América Latina durante la Guerra Fría, es un elemento clave para escribir una nueva historia de la región en la segunda mitad del siglo xx, desprovista de eufemismos y basada en un enfoque metodológico capaz de dar cuenta de la interacción entre adversarios. La visión épica y romántica de la acción guerrillera promovida en los medios universitarios y militantes no debe ocultar un hecho fundamental: para muchos revolucionarios latinoamericanos, el objetivo esencial era la toma del poder, por lo que desarrollaron estrategias para desestabilizar, amenazar y aniquilar a los grupos activos en los órganos de gobierno y en las agencias civiles y armadas del Estado. La simpatía de ciertos medios universitarios fuertemente influenciados por el utopismo revolucionario, contrasta con la dureza de los métodos empleados por los combatientes de extrema izquierda a lo largo de las Américas. En ese sentido conviene recordar que, a menudo, el desarrollo de redes de carácter conservador y contrarrevolucionario —que diseñaron y aplicaron estrategias destinadas a contener la expansión de los movimientos y partidos de izquierda— fue una respuesta a la aparición de redes de militantes y combatientes que abrazaron el antiimperialismo y la lucha contra un autoritarismo teñido de democracia.

La política interna y la proyección internacional de los Estados Unidos son importantes para entender el paso entre una amenaza exterior comunista proveniente del bloque del Este y la conceptualización de un enemigo interno en las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, mientras que en la América anglosajona la amenaza de un supuesto movimiento comunista dentro del Estado y en las principales ciudades del país dejó de ser operativa a partir de 1968, en América Latina, por el contrario, la asimilación entre el enemigo interno, la amenaza de destrucción del orden social y el comunismo se movilizó de forma permanente y se convirtió en un elemento central de la confrontación política. No obstante, es necesario aclarar que no todo el anticomunismo en la región resultó de una exportación realizada desde Washington, ni se expresó de forma violenta contra las organizaciones de izquierda, ni fue el resultado exclusivo de la acción de oligarquías o movimientos de inspiración religiosa, conservadora o populista. El anticomunismo latinoamericano se originó en dinámicas locales y regionales preexistentes a la Guerra Fría y se nutrió de redes internacionales que no tuvieron como epicentro a los Estados Unidos.

La dialéctica entre revolución y contrarrevolución en el siglo xx se expresó de forma singular en las trayectorias históricas de Colombia y Perú. La matriz

rural que originó y permeó los conflictos internos en el marco de estructuras sociales oligárquicas constituye un factor clave para explicar la estructura de ambas sociedades. Sin embargo, la intensificación de la violencia y los conflictos internos sólo pueden entenderse si el análisis incluye conexiones y referencias que sobrepasan las fronteras nacionales y los contextos regionales. La utopía revolucionaria y la acción contrarrevolucionaria no sólo se inspiraron en Cuba y la Unión Soviética, sino que también se nutrieron de la China comunista y de la Guerra de Vietnam. En el caso de los servicios de seguridad del Estado y de las Fuerzas armadas colombianas y peruanas, la cooperación con la policía de Corea del Sur y Taiwán, además de la profundización de los vínculos con la INTERPOL, ocuparon un lugar que es necesario explorar. Pero hay más.

El artículo redactado por Miguel Gutiérrez Podestá titulado “El nazi que enfrentó a Sendero Luminoso” explora la trayectoria de un alemán durante su permanencia en el Perú entre 1952 y 1983. Vinculado a diversas redes de comerciantes de armas y a los servicios de seguridad privados de multinacionales mineras que operaban en el Perú, Spatz fue visto por los líderes senderistas de Huanta como un representante del nacionalsocialismo, que militó y combatió contra el proyecto político de Abimael Guzmán. Podestá problematiza la manera en que Spatz actuó como un presunto nazi en Huanta y cómo esto fue el reflejo de una asumida identidad en las acciones y motivaciones de los jefes senderistas. De este trabajo es necesario destacar su particular abordaje metodológico, pues el ejercicio autobiográfico de Spatz es confrontado con fuentes documentales y la experiencia personal del autor. Esta circunstancia incorpora en el documento una reflexión sobre la investigación histórica y antropológica de los ancestros, de la que se desprende un ejercicio complejo sobre la presentación de itinerarios ligados al desenvolvimiento del nazismo y el franquismo.

Los viajes de formación y los exilios de militantes y combatientes latinoamericanos en Europa del Este, el Extremo Oriente y el Mundo árabe fueron un vector de circulación de ideas antiimperialistas, que permitió la construcción de conexiones materiales y simbólicas entre individuos y grupos durante la Guerra Fría. Si dichos intercambios se construyeron apelando a una solidaridad internacional que ha sido investigada en los últimos años, buena parte del desafío metodológico para dotar de contenido teórico a la noción de circulación periférica, radica en entender los patrones que hicieron posible la

reinterpretación y la asimilación de representaciones y prácticas nutridas por las luchas de liberación, en espacios que tradicionalmente se han considerado como marginales, desde Indochina a Cuba, pasando por Argelia y la costa occidental africana.

El tercer artículo de nuestro dossier fue redactado por Edgardo Manero y Graciela Ferrás. “Imaginario de Oriente en las militancias peronistas durante las últimas décadas del siglo xx” indaga el impacto que tuvo el “Mundo Árabe” desde 1960 en los procesos de identificación social, cultural y política del peronismo. Si bien el proceso vivió un momento “fundacional”, caracterizado por los paralelismos entre Gamal Abdel Nasser y Juan Domingo Perón, el análisis de Ferrás y Manero no se limita a dicho momento y trasciende las décadas inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial: los autores recuperan la organicidad del lenguaje político en categorías como “liberación nacional” y “revolución”, que no solo se hallaban presentes en la constitución de las identidades políticas de la época, sino que estructuraron los planteamientos del Tercer Mundo y de la solidaridad Sur-Sur. La reconstrucción de las visiones del nacionalismo árabe desde el peronismo esclarece algunas características de las ideas políticas y de las circulaciones materiales de la segunda mitad del siglo xx, lo que revela el peso de la circulación entre espacios geográficos poco tradicionales para la política latinoamericana. Como el lector podrá constatarlo, los autores conceden especial atención a la comparación con el ciclo iniciado por el regreso de la democracia en 1983, una etapa poco abordada por la literatura histórica y sociológica que resulta indispensable para entender la transición a la democracia.

La amenaza sobre los ecosistemas terrestres ha despertado un interés creciente por la historia de la interacción entre las comunidades humanas y el medio ambiente. El creciente número de maestrías, doctorados y publicaciones dedicados a abordar esta y otras temáticas similares da cuenta de las convergencias que se tejen entre una visión respetuosa de los ciclos naturales y las ideas de transformación política. En la cuarta y última contribución del dossier, “La selva, la ciénaga y el bosque: Mario Payeras en sus itinerarios periféricos por la Guerra Fría”, Diana Méndez ofrece una microhistoria global basada en una trayectoria personal, que resalta los vínculos creados entre la teoría política, la naturaleza y la reivindicación de las demandas étnicas.

Además de trazar la cartografía del exilio guatemalteco a partir de 1954, Méndez plantea que la obra del guatemalteco Mario Payeras representa una

alternativa para entender una síntesis original de la ecología política y el marxismo. Sus diversos viajes y estadias en América Latina y Europa recrean las rutas y los espacios de sociabilidad de los guatemaltecos que abandonaron el país tras el golpe de Estado contra Jacobo Arbenz. En México, Payeras avanzó en el estudio del marxismo universitario con la guía de connotados filósofos e historiadores. En Europa, además de reunirse con artistas, militantes y combatientes centroamericanos que circulaban en Europa del Este y Payeras se dedicó a profundizar sus conocimientos en el ámbito de la filosofía. En ese itinerario transnacional, nutrió un pensamiento en el que convergieron la lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos, una reflexión al servicio del cambio político y una posición de crítica ecológica. La autora sostiene que la dimensión ambiental adquirió una importancia creciente en el pensamiento de Payeras, que lo condujo a problematizar las bases de la civilización occidental con el propósito de transformar la relación entre la sociedad y la naturaleza.

A pesar de la riqueza de los casos estudiados en este dossier, varios temas no fueron abordados. El lector constatará que poco o nada se dijo acerca de los intercambios políticos entre los países del Magreb, el Caribe y América del Sur, ni de las diferentes transferencias de ideas y personas que se efectuaron entre Brasil, el Caribe y los países de la costa occidental de África, ni tampoco sobre el impulso que le dio la descolonización de Asia a otros procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios en otras partes del mundo. Estos temas, así como investigaciones puntuales sobre réplicas que emularon coyunturas revolucionarias en Nicaragua y México, pueden ampliar el panorama general de las circulaciones entre América latina y el mundo durante la Guerra Fría para complementar y trascender el esquema tradicional de la bipolaridad.

DANIEL EMILIO ROJAS

ORCID.ORG/0000-

Universidad Grenoble Alpes

ILCEA4

daniel.rojas@univ-grenoble-alpes.fr

DIANA ALEJANDRA MÉNDEZ ROJAS

ORCID.ORG/0000

Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

diana-m-@live.com.mx

D. R. © Daniel Emilio Rojas, Ciudad de México, enero-junio, 2024.

D. R. © Diana Alejandra Méndez Rojas, Ciudad de México, enero-junio, 2024.